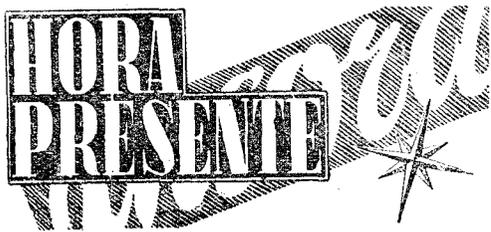


an corda

SAN FELIU DE GUIXOLS - 23 JUNIO 1960
NÚM. 637 AÑO XIII

NIÑAS DE UNIFORME



Van en fila de a dos, modositas y calladas. Sus ojos curiosean a un lado y a otro, ávidos de perspectivas y detalles callejeros. La luz del cielo abierto deslumbra un poco sus pupilas y el ajeteo del tráfico les produce cierto anonadamiento que les hace entreabrir la boca.

Aquel mundo no es su mundo, la vida aquella que bulle de actividad, libre y desordenada, es para ellas un misterio. Como lo es también el lazo afectivo que une a los grupos de viandantes que pasan junto a ellas. Las parejas familiares, madre e hija, hermano y hermana, que en vestir de fiesta, van a misa mayor, son algo vedado a su inocente corazón. Su mundo, su familia tiene límites vagos y un tanto especiales. La madre que las acompaña, en hábito monjil, tiene una grandeza espiritual que a todas cobija con igual amor. Un amor desinteresado y de superior estirpe, hecho de abnegación y sacrificio. Un amor venido de lo alto y que en lo alto se inspira. Un amor maternal tanto más meritorio cuanto de carnal origen carece.

Pero ellas son aun muy jovencitas para comprender esas cosas. Su mente no alcanza a comprender la superior calidad del amor espiritual de su acompañante.

Y miran con sumisa envidia a las otras niñas que ven pasar, y que tienen otras madres. Que tienen cada una «su» madre propia, una para cada cual, para ella sola, y no una de común para todas, como ellas tienen. Y quisieran tener también «su»

hermanita, la suya exclusiva, como la tienen aquellas otras niñas que pasan por su lado sonrientes y satisfechas en plan de fiesta.

Y los vestiditos que ven, ¡qué bonitos todos, tan variados de color y corte! ¿Por qué no tener ellas también «su» vestido particular, al gusto de cada una, y muchos otros más, variados, alegres y primorosos?

¡Oh, cómo quisieran ellas tener también «sus» cosas, «su» hogar, «su» familiar!

Pero esas sus querencias son muy íntimas, muy recatadas, y apenas si se atreven a manifestárselas entre sí en voz alta. Callan, sumisas y obedientes, y se conforman soñando en lo que ven y presienten, y que jamás, muchas de ellas, no verán realizado.

Es posible que alguna haya tenido, en el pasado, su pequeño hogar, su mundo. Allá en los primeros años de su vida. Cuando aun no se había producido en la familia la circunstancia que «obliga» a desprenderse de ella. Es posible que alguna de ellas evoque escenas de cálida intimidad junto al regazo de una mujer cuyo rostro no acierta a precisar.

Pero esas evocaciones forman parte también de ese mundo de fantasía sugerido por las escenas callejeras, vistas en los paseos reglamentarios de los días festivos como hoy.

El mundo real, para ellas, su familia, su hogar es algo impreciso y de especialísima condición. Su estructura es uniforme, seriada, como estos vestiditos pariguales que las identifican y hermanan a falta de la hermandad natural que se les ha negado.

Xavier.

Sintonia

Día del Gamberrismo

Quizá en otra ocasión ya se usó este mismo título, en otro lugar de este semanario. Pero, nada importa. Porque la historia siempre se repite, y ya se puede tener la seguridad de que una vez más nos encontraremos, de nuevo, en este día. El día del gamberrismo.

Es el día en que la mayoría de los guixolenses han de permanecer encerrados en sus casas, si quieren librarse de la insolencia descarada de los insociables. Si no quieren recibir la explosión de algún petardo, ya sea en las piernas o en la casa, que para un gamberro lo mismo da.

Es muy lamentable esta constatación de descaro popular, rayano, casi, en salvajismo, pero la verbena de San Juan la pregona, cada año, con sus estruendos. Es el día de la carta blanca para los gamberros, convertido, tal día, en el garbanzo negro de nuestro verano.

Y si es lamentable el constatar esta desgracia pública, también lo es el constatar que nada se hace para atajar esta dolencia que nos aqueja. Se llega a pensar, ante esta repetición anual del día del Gamberrismo, de que ello es como un grano maligno que le ha salido a nuestra sociedad, de imposible extirpación, y que sumisos, aceptamos sus consecuencias, algunas veces dolorosamente irreparables. Recuérdese que la máxima consecuencia de esta índole petardista se produjo, si no falla la memoria, en el Sur de Francia hace cosa de un año.

La calle debiera ser una de las cosas más serias de la población. Si un simple altercado, si el paso de un borracho, o cualquier otra cosa reñida con la ética de la sociedad, llama enseguida la atención de la pública vigilancia, que no habrá de llamar el lanzamiento de un petardo encima de la primera persona que pasa por la calle.

Trátese, pues, de no abdicar si no queremos vernos expuestos a la amargura de algún suceso irreparable.